

Callipe, astrónomo griego que colaboró con Aristóteles en la construcción ideal de las esferas celestes.

Fijáronse éstas en cincuenta y seis.

Las cincuenta y seis esferas se suponían sólidas y transparentes. Suponían además la tierra inmóvil en el centro, y una última esfera inmaterial, inmóvil de suyo y, sin embargo, motora de todo lo demás, causa primera de la revolución constante de las estrellas fijas, y causa de diversidad en los movimientos de las demás esferas.

Con esto el sistema absoluto absorbía la *potencia universal*, representada por el acto puro de Aristóteles.

Fuera del acto puro (dios aristotélico), no quedaban más que *potencias formales*, subordinadas á la potencia suprema y coordinadas con la posibilidad representada como materia.

El reflejo de este acto puro, considerado en el pensamiento, es en el pensamiento mismo otro acto puro, inmóvil también, que Aristóteles llamó conciencia de la conciencia; identificando, al parecer, sin la distinción correlativa, lo reflejado con el reflejo.

De todas suertes, el mal estuvo, en la teoría de Aristóteles y de Callipe, en atenerse á lo inmóvil y fijo, sin modificarlo mediante la adición de la movilidad y del cambio.

Callistenes, filósofo griego, que sostenía, contra todas las escuelas que tomaban en cuenta la *causalidad*, que la *casualidad* es el origen único de los acontecimientos en el mundo.

Mucho se ha concedido siempre, y hay que conceder en el orden humano, á la casualidad en los acontecimientos de la vida. Pero la casualidad se refiere siempre á una causalidad *extrínseca*, que no siempre puede fijar-

se en un momento dado, y podría en cambio fijarse en otro momento. Esto nada supone contra la causalidad *intrínseca*, la causalidad subjetiva; antes al contrario, supone precisamente este lado intrínseco, como correlacionado con el extrínseco, lindante esta vez con la imposibilidad de asentar consciente y positivamente causa superior.

Cama, del griego *kemos*, artefacto con barretas.—Todo lo objetivo halaga los sentidos; pero á menudo les abre la *cama* del sepulcro.

El siglo XIX ha trabajado mucho á favor de lo positivo. Sabe Dios la *cama* que le prepara el porvenir.

Cámara, del griego *kamàra*.—Aposento principal de alguna casa.

El cerebro y el cráneo aposentan el pensamiento; pero el aposento está lejos de ser el pensamiento mismo en el aposentado; por más que el pensamiento sin aposento alguno se desvanecería en el vacío.

La cámara puede ser clara ú oscura; clara es accesible directamente al pensamiento; oscura, sólo es accesible mediante una luz refleja.

En una cámara oscura, del orden físico, se hacen las fotografías y las imágenes visuales.

En su cámara, si es clara, hace cada cual sus labores externas. En una cámara oscura, atravesada por un rayo de luz, se pueden hacer labores internas, que se relacionen con las externas, como la ley con el fenómeno.

En la cámara oscura de lo universal se hacen las *generalidades* del pensamiento.

Los grabados de nuestras máquinas, se hacen *con* la luz.

Los grabados de la inteligencia se hacen con la luz ideal que irradia el

sentimiento. Lo que falta á la luz intelectual es sentir que sin sombra correlativa no sería luz.

En la cámara oscura entra la luz física por un pequeño orificio; dentro está la sombra.

La luz de la inteligencia brota, por el contrario, de la sombra; y se graba encima de ella en forma de generalidad, que se define en parte y nunca totalmente; porque su definición total arruinaría la función misma de definirla, y con ella la vida inteligente.

Cambio, del griego *kamptein*, doble operación.—El *hecho* de la función práctica (cambiar), concebido teóricamente en su mayor generalidad posible.

Los seres que no cambian por sí, *no necesitan cambiar* á cada instante. Tal es el mundo inorgánico, concebido abstractamente.

Al contrario, los que cambian por sí *necesitan siempre cambiar*. Tal es el mundo viviente, sentido al realizarse la función en su integridad.

La función hace el cambio. El cambio es el hecho de la función de cambiar.

El cambio recae en lo que, simultáneamente con él, ha de parecer como *siendo ó no siendo*: tal cantidad definida, tal definida cualidad.

La cantidad y la calidad definidas en la función de cambiar, figuran en ella como pasivas; la cantidad y la calidad indefinidas, indispensables para la función actual, son la potencia, la causa activa del efecto, que se produce con la acción transigiendo con la pasión, para causar mancomunadamente alguna cosa.

Así, pues, en la *función del cambio* se reúnen todas las categorías de la inteligencia. En rigor no hay que

añadir cambio; basta *decir* FUNCIÓN para *decir todas las categorías*, aunque no se *sepa* lo que se dice.

Así lo dice todo el mundo *sin que ninguno lo entienda*, como dijo Calderón, sin entender él mismo, en toda su profundidad, lo que decía.

Quien dice función, con sólo entender que dice algo sobrepuesto al fenómeno y la ley, ya se simboliza á sí propio, ya se realiza como sujeto, como género, ya se engendra en él la idea y no una idea cualquiera, sino la idea de función (categoría de conciencia).

Funcionar es hacer, y hacer es causar (categoría de acción ó sea de causalidad).

Causar es introducir un cambio en un orden existente (categoría de cambiar).

Cambiar supone algo que es *cambiado* que representa la pasividad del cambio (categoría de finalidad).

Lo que es cambiado está fuera del que cambia (categoría de extensión).

Lo que está fuera del que cambia como inextenso se subordina al que cambia (categoría de calidad).

Subordinado al que cambia, lo cambiado es ya *tal cosa*, y tal cosa puede ser una ó muchas cosas (categoría de número).

Por último: el agente de los cambios no aparece jamás por sí solo en lo cambiado, ni como acción, ni como pasión, ni como causa, ni como efecto, ni como número, ni como extensión, ni como calidad; pero es el coeficiente indispensable de todos estos eficientes reunidos en un organismo común (categoría de tiempo).

Véase como todas las categorías formuladas por los filósofos se *postulan* recíprocamente, y postulan reunidas el coeficiente indefinido, incog-

noscible en teoría, pero imperiosamente reclamado en la práctica viviente.

Una vez relacionados prácticamente los factores definidos con el factor teóricamente indefinido, hacen la función en general: la generación, que se revela por la vida particular de todos los seres vivientes, cuyo tipo es la vida del pensamiento humano.

Camino, del céltico *kamen*, paso. — Hecho en el espacio que facilita cuanto se hace en el tiempo.

Sin camino que pisar no hay forma de andar; y en cambio excusado sería el camino si nadie tuviera que andar por él.

Dicen que la buena vida en el mundo es camino para el cielo, y así debe ser.

¿A donde conducirán en definitiva, las innumerables carreteras, caminos de hierro y caminos flotantes sobre el mar, que se han hecho, se hacen y se harán en nuestros tiempos? Los que vivan lo verán.

Por de pronto, si engaña al que vive bien el presentimiento de vivir en el cielo, no le engaña del todo; porque le proporciona en cuanto es posible, buena vida durante el viaje.

¿Por qué no ha de ser optimista el viajero, si nada pierde en serlo, antes gana la satisfacción de haber cumplido deberes de conciencia, y acogido con fé las promesas recibidas a nombre de otra conciencia superior, y eternamente definible en relación, aunque indefinible en absoluto?

Camino del saber. — Para la construcción del sistema viviente, hay varios caminos, entre los cuales están los de considerar:

1.º Que es sistema *en general* de sistemas particulares.

2.º Que es necesaria la concilia-

ción (transacción) de los que figuran como polos del pensamiento.

3.º Que tal sistema es organismo formado con todos los sistemas definidos y el coeficiente indefinido.

4.º Que se formula asimismo con las categorías consignadas por todos los autores, agregándoles el coeficiente indefinido.

5.º Que reduce el campo del conocimiento á fenómenos, leyes y funciones, relacionando además con lo desconocido todo lo que se conoce.

6.º Que conduce á la adopción en la práctica de un término medio en general, que es la transacción como ley, que transige ella misma con la libertad de determinarse.

7.º Que aparece como contraposición del pensamiento (generalidad) con las cosas pensadas (particulares) y generación simultánea de lo general y lo particular.

8.º Que agrega á la trinidad (síntesis de los modernos), el cuarto término antisíntesis (indefinido).

9.º Que no bastan el padre, la madre y el hijo, sin la hija, para perpetuar una familia, y que esta hija es la análisis, ó sea la antisíntesis, opuesta como antítesis á todo sistema positivo.

Campanada, voz procedente de armonía imitativa.

Sonido metálico más ó menos intenso.

Las palabras son como campanadas más ó menos intensas, mientras no se sabe á punto fijo lo que significan.

No se excluyen de esta regla las *grandes campanadas*, como son, por ejemplo: *vida, relación, pensamiento, cosa pensada, alma, cuerpo* y Dios sobre todo.

Campanella, filósofo del siglo

XVI, que escribió la obra *Ciudad del sol*, exagerando en ella las utopías comunistas de la República de Platón.

Por lo demás, su doctrina es empírica, y concede á la experiencia ó la práctica, preeminencia absoluta sobre la teoría.

El filósofo que sabe los límites que impone á su sabiduría, el postulado de la relación, no concede á ningún extremo predominio absoluto sobre el opuesto, sino *correlación y transacción*.

Campo, del griego *Kepas* — Naturaleza inculta, por más que haya campos cultivados; porque lo del cultivo es accesorio.

El campo de todo el mundo es el espacio; el peculiar del globo terráqueo es el sistema astronómico, el del pensamiento puro, la imaginación.

¡Cuántos y cuán fértiles campos! Tiene, es verdad, trozos estériles; pero así se hace más vivo el contraste.

Labradores hay en todos estos campos; pero las cosechas que obtienen no suelen hallar valor proporcional en los mercados.

Verdad es que ni lo espiritual se paga con oro, ni el oro se recoge sin bajarse á tomarlo de la superficie ó de las entrañas de la tierra.

Con proporción ó sin ella, el mercado existe, y los cambios que en él se realizan son los que sostienen la vida humana.

Todo el secreto está en obtener, ó procurar al menos, la normalidad de los cambios. Y después de todo ¿qué importa el cambio? ¿No hay medio de cosechar algo cuando se quiera, y sin apurar el cambio en campos de tierra ó en campos de pensamiento?

Sin más trabajo que el de mirar y

respirar, el campo natural, verde y florido, es embeleso del hombre aquí abajo; y una conciencia satisfecha es embeleso de quien dirige su mirada más allá del cielo azul.

Cáncer, del sanscrito *karkata*, cangrejo; del griego, *karkinos*; del latín, *cáncer*. — Mal crónico, tenido por incurable y mortal. Muerte lenta. Función demorar realizada poco á poco durante un tiempo más ó menos largo.

Todos traemos al nacer el cáncer de la muerte; pero esta función destructora, que se realiza siempre como simple negación de vida, puede realizarse además como afirmación parcial de la negación, como función negativa de la función normal, como enfermedad.

También las sociedades tienen un cáncer oculto, como los hombres más sanos, cuyo cáncer se hace manifiesto por los vicios y las convulsiones sociales.

Una sociedad ideal DEBE progresar indefinidamente en cantidad, en inteligencia y en prosperidad común; pero la necesidad misma de progresar es prueba del cáncer oculto: no tener lo que se apetece. Y si es necesario progresar ¿cómo ha de ser posible llegar al límite del progreso mismo que se dice necesario? ¡El cáncer, siempre el cáncer!

Pero así como el canceroso no pierde por eso la esperanza de vivir; no ha de perderse tampoco durante nuestra vida laboriosa la esperanza de otra mejor.

Candidez. — Blancura: indefinición del mal y, por contragolpe, del bien.

Es cándida la inocencia que á nadie perjudica; es también cándido aquel error, que si perjudica á la ver-

dad, es por hallarse el pensamiento demasiado en blanco.

¡Cuántos reputados sabios son más cándidos de lo que ellos se figuran!

Cánon, del griego *kanón*, fiel de la balanza.—Regla moral, ley práctica impuesta por autoridad.

La autoridad por excelencia es la de la fe, y por eso se llaman cánones las leyes de la Iglesia.

Como tales leyes deben ser acatados los cánones por el hombre religioso. La conciencia reflexiva los estudia desde el punto de vista moral.

Ambos puntos de vista deben hallarse de acuerdo; porque la religión y la ciencia son las dos alas del espíritu humano.

Las dos alas, implantadas en el sentimiento, aparecen como sentido común y como sentido religioso. Implantadas en la reflexión la balancean entre el cielo y la tierra, entre lo definido y lo indefinido, sin atreverse á tocarlos de cerca ni de lejos.

Es preciso que semejante balanceo reflexivo no se eternice en el sentimiento, porque allí se convertiría en indiferentismo ó en escepticismo práctico desconsolador.

Volando y subiendo á favor del balanceo de las alas reflexivas, hasta tocar al paso lo que, ó no se puede, ó no se debe traspasar; se compenetran y vivifican mutuamente las leyes humanas y los cánones divinos.

Verdaderamente toda ley humana es también divina, porque es una transacción entre lo humano y lo divino (lo conocido y lo desconocido), una generalidad, formulada en un sujeto, que en el momento mismo de formularse, simboliza la indefinición, correlativa con la definición de tal generalidad.

No hay que atribuir las leyes re-

lativamente universales que se llaman categorías, ni á Dios ni á los hombres, sino á los hombres en cuanto se prestan al conocimiento, y á Dios en cuanto se obstina la inteligencia humana en representar el polo indefinido en su transacción con lo definido, para iniciar y sostener las series de transacciones subordinadas, que constituyen la vida en los ámbitos concedidos al pensamiento viviente.

Cantar, del latín *canere*.—Función por la cual realiza exteriormente el bien un símbolo propio del sentimiento (el sonido), y otro símbolo del pensamiento (la palabra). El animal es capaz de cantar sonoro; sólo el hombre es capaz del cantar objetivo por la palabra.

En el canto se revela muy especialmente el sentimiento; porque simboliza la actividad y la pasividad ideales, por medio de la actividad y la pasividad mecánicas (las ondulaciones sonoras), la expansión y la concentración, determinadas desde un núcleo central á otro periférico.

Cantan en la Naturaleza las aves volando por el aire, que es lo indefinido natural. Canta el hombre sus penas y sus alegrías, dando cuerpo exterior al movimiento del espíritu, al sentimiento formulado en el seno de lo indefinido.

Para cantar la realidad, es preciso idealizarla previamente. Las pretensiones *realistas* del arte de la mímica, como de cualquier otra arte, no pueden ir más allá.

Cantidad, del latín *quantitas*.—La ley categórica que se refiere más directamente á lo exterior, lo objetivo, lo hecho.

Figuran, respecto de la cantidad, el número como fenómeno, la medida como ley y el peso como *función*.

Lo que distingue, en relación exterior, es número; lo que identifica entre dos números, es medida; lo que se agrega prácticamente al número y la medida, es peso.

Del estudio del número se encarga la Aritmética; de la medida la Geometría; del peso la Mecánica.

El pensamiento, al estudiar lo que exteriormente se concreta como unidades corpóreas distintas, aglomerados extensos que se sirven de mutua medida, y que se relacionan según sus pesos respectivos; abstrae de todas estas relaciones particulares lo que sugieren en general, y lo que él concibe con números abstractos, medidas abstractas y fuerzas también abstractas. La figura exterior no viene á quedar para el pensamiento, sino como símbolo de la idea que él simboliza ó figura imaginariamente, bajo la forma inmaterial que le corresponde enfrente de todo lo material.

Así resultan las ciencias matemáticas, en relación con todo lo que aparece como objetividad externa al sujeto interno. Así también lo fraguado en el polo matemático (positivo) de la vida intelectual, hecho y deshecho en él, reaparece con carácter cualitativo y de fuerza autonómica, en el polo lógico (negativo) del pensamiento viviente.

Cantidad abstracta.—El pensamiento, oriundo de lo indefinido y definido en su propia esfera, sin confundirse en manera alguna con lo definido exteriormente, se hace unidad y repetición de unidades distintas, identificación correlativa entre estas unidades distintas, y concepto de sucesión y de fuerza mecánica.

Cantidad ideal.—La cantidad, en cuanto definida en el pensamien-

to, participa de sus condiciones propias y se presta á las consideraciones cualitativas y dinámicas, que se llaman matemáticas, y que todas en su generalidad constituyen un código invariable de leyes definidas del orden externo, *inorgánico*.

Mas al cabo, por encima de este código invariable, queda un campo variable, que también tiene leyes y funciones de otro orden, y al que no alcanzan las matemáticas, sino por símbolos en el cálculo infinitesimal y por aproximación en el de las probabilidades.

La cantidad, calidad y tiempo se hallan entre sí en la siguiente relación

La cantidad es transacción entre los polos contradictorios, realizada desde el punto de vista del polo definido.

La calidad es la misma transacción, realizada desde el punto de vista del polo indefinido.

El tiempo es la transacción entre dos transacciones, en cantidad y calidad, una vez determinadas, y el polo común, relativamente indeterminado.

El tiempo, en cuanto transacción, supone cambio fenomenal, causa material ó positiva y causa inicial ó negativa, que es la llamada final por Aristóteles (autonomía)

Caos, del sanscrito *kha*, cóncavo.—Todo absoluto y nada absoluta son el caos, lo imposible.

El caos, lo imposible en general, tiene esos dos modos de ser: todo y nada.

Imposibles son; pero hay que concebirllos como tales para que figuren en los linderos de lo posible. ¿Cómo concebir todo lo posible sino distinguiéndolo de lo imposible?

Posible é imposible son ya afir. u. a.

ción y negación, tesis y antítesis.

A la tesis y a la antítesis se oponen síntesis positiva y síntesis negativa análisis).

He aquí, sin otro procedimiento, desembrollado el caos, para el criterio filosófico.

Afortunadamente cuesta pocos esfuerzos este criterio al hombre que lo alcanza.

Le es otorgado con la vida y sólo le falta sentir como fenómeno, como ley y como función, la vida que ejercita, y que en el fondo de su alma reconoce disfrutar por gracia divina.

Dios—dice—lo sacó todo del caos. Yo, su humildísimo representante, lo hallo sacado ya en mi inteligencia posible, lindante con lo imposible.

Caos cosmogónico.—El temerario intento de asentar científicamente una cosmogonía, se vió frustrado desde la más remota antigüedad.

Verdad es que los autores de cosmogonías trataban, más bien de explicar la formación del mundo, á la manera que hoy la explican algunos científicamente con teorías geológicas; que como se la entiende en el dogma religioso de la creación universal.

En todo caso, aun para la fantástica formación geológica, tenían los antiguos que partir de un *caos* directamente imaginado; del cual debían partir y al cual podían volver, todos los conceptos históricos de origen y progresos del globo que habitamos.

El caos *ante y post geológico* es lo que las religiones mosaica y cristiana llaman nada, y la filosofía viviente, llama doble ignorancia del último definido y del último indefinido, límite común representado por dos polos,

indispensables para la vida que entre ellos se desarrolla.

Capacidad, voz derivada del latín.—Límite de espacio, límite de inteligencia y límite de función, entre lo definido y lo indefinido.

La función misma de limitar no tiene límite; porque ella es, en general, la última limitación, coordinada siempre con relativa *ilimitación*.

Capilla.—Exterioridad que ampara otra exterioridad simbólica de lo indefinido. Allí se rinde culto á la divinidad, abandonándose el pensamiento á los grandiosos ideales, que prevalecen como leyes prácticas sobre los códigos teóricos á que se acogen los incrédulos.

Capitán, del latín *caput*, cabeza.—El cabeza de una colectividad. Una colectividad acéfala es tan monstruosa como el individuo humano sin cabeza. Puede, sin embargo, una colectividad tener cabeza inmaterial en el espíritu común; pero lo natural es que la cabeza esté naturalmente representada.

Capitel.—La cabeza de la columna. La arquitectura se conforma con el modelo de la belleza viviente, dando á sus obras representativas de la fuerza, los elementos propios de la función que simbolizan.

Capricho, del latín *capra*, cabra.—Determinación de un suceso, no dictado por la ley, sino libremente ejecutado, hállese ó no conforme con la ley.

Cuanto se hace sin meditación es en cierto sentido un capricho, y á pesar de eso resulta á menudo conforme con las leyes dictadas por la razón. Es que por una parte, donde falta la reflexión subsiste la ley práctica ó *consuetudinaria*, y por otra la libertad se ejerce generalmente en el

Universo conformándose con la ley. De otro modo el Universo no existiría.

Cara, del griego *karà*, cabeza.—Parte anterior de la cabeza, que simboliza un polo ideal. Representa la cara la síntesis del cuerpo humano en su diversidad numérica y específica; es cuanto puede dar de sí el espacio inmóvil, como elemento de la síntesis que se realiza con el otro elemento, el tiempo, en la vida del hombre. Comprende los sentidos en número de cinco: tres para la cantidad, ó sea la materia en sus tres formas: sólida, líquida y gaseosa, (tacto, gusto y olfato) y dos para su relación especial con el espíritu bajo sus dos formas, sentimiento y reflexión.

Carácter, del griego *charakter*, grabado, estampa.—Particularidad específica que corresponde á cada cosa. Al sér vivo cabe asignarle unidad de carácter; en el sér no vivo caben múltiples caracteres, correspondientes á los fenómenos constantes del grupo que lo constituye.

Carbón, del latín *carbo*.—Residuo combustible de la combustión de un organismo. El ser vegetativo, aun resguardado del aire libre, acaba á menudo por carbonizarse; el carbón arde solo en contacto con el oxígeno del aire. El carbono es el término medio positivo que figura en los organismos entre el oxígeno y el hidrógeno y enfrente del azoe. Estos cuatro factores representan químicamente la cuatrilogía funcional: tesis, antítesis, función positiva, función negativa.

Carbono, término sintético de la cuatrilogía química del ser vivo. El azoe, que es el otro término medio, aparece preferentemente en la serie animal, porque es en la composición

química el símbolo de la indefinición, que puede faltar, como tal símbolo, en el vegetal; pero se realiza en un grado superior de la síntesis viviente, relacionándose con ella.

El carbono cristalizado es un cuerpo relativamente definido, durísimo, brillante, y su vapor es cuerpo relativamente indefinido, que asfixia al sér vivo, privándole del *polo que le permite respirar*.

Cárcel, del hebreo *garcer*, cadena.

Se ha llamado al cuerpo cárcel del alma; pero, en justicia, no es cárcel sino para el alma que quiere encarcelarse.

Si el alma no hace al cuerpo en su totalidad, le perfecciona al menos, le idealiza, y su hechura ideal, así puede resultar pobre y mezquino albergue como magnífico palacio con vistas al campo (la Naturaleza) por abajo, y al cielo (el espíritu) por arriba.

Además del cuerpo material, tiene el alma su cuerpo ideal, que puede ser su verdadera cárcel ó su palacio.

Realizar los ideales en la Naturaleza es obra laboriosa y, á veces, infelunda. Entonces la suple el refugio interno é inviolable de la conciencia, que no es cárcel impuesta por mano ajena, sino aposento labrado con libertad por el sujeto en él aposentado.

Cardan, matemático del siglo XVI, médico y filósofo visionario. Combinó la teosofía con la doctrina de los números y trató de inscribir entre las funciones naturales, la aparición de los espíritus.

Aproxímanse en esto á él: los espiritistas modernos, sin divorciarse del racionalismo; y los místicos de todas las épocas, adheridos solamente á la fé con menosprecio de la luz racional.

Un deslinde amistoso de relaciones proporciona á éstos, como á todo partidario exclusivo de una tesis, la paz que necesitan para vivir tranquilamente.

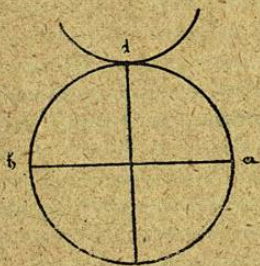
Cardinal, de origen latino.—Lo que se toma en sentido absoluto como polo invariable de todo género de relaciones. Su carácter de permanencia en medio del cambio, le permite predominar sobre todo lo que cambia.

De esta suerte hay puntos cardinales del horizonte, vientos cardinales, virtudes cardinales, números cardinales, etc.

Se aplica la palabra *cardinal* á lo fundamental, á lo primero, á aquellos elementos y aquellos conjuntos de elementos, que los sintetizan en mayor número y los elevan á la más alta generalidad.

Así son cardinales en toda relación cuatro elementos, tesis, antítesis, síntesis definida, síntesis relativamente indefinida. En la brújula son cardinales los cuatro extremos de dos diámetros, que coinciden en un centro cruzándose en ángulo recto.

En la vida son cardinales la canti-



dad (*a*) y la calidad (*b*) análogas á los extremos de un diámetro horizontal, y lo son igualmente el principio (*c*) y el fin (*d*) (sucesivos), análogos á los extremos de un diámetro

vertical, cruzándose ambos en el centro de un círculo. Pero además, el fin de la recta vertical (*d*), que representa lo indefinido (curva abierta), se encarna en el principio (*c*) y en los medios (*b a*) (círculo cerrado), encarnación que se reproduce indefinidamente por obra y gracia del espíritu (indefinido), que al *hacerse* definido se trueca en definidor.

Carencia, del latín *carens*.—Negación de posesión. La relación particular con un objeto, negada á un sujeto.

Puede haber carencia absoluta de una cantidad ó de una cualidad particular; pero no cabe en lo relativo carencia de todo lo correlativo. Si la reflexión inmóvil puede aparentar esta carencia, la desmiente la práctica, indispensable para la vida y aun para que llegue á *ser hecha* la teoría reflexiva.

Cargo, del latín *carrus*, carro.—Obligación, ley á que se sujeta á un individuo. En lo material no caben cargos, sino cargas. No se puede decir que una máquina desempeña su ejercicio como cargo; lo desempeña hasta el punto que permite su estructura y su carga determinada de fuerza material. El sér vivo cuenta, además de su carga, con la fuerza indeterminada que él propio determina.

Caricia, del latín *charitas* amar.—Función que realiza exteriormente la pasión benévola de un individuo respecto de otro. Las caricias son el traje con que se viste el amor en ejercicio.

Sin embargo, no hay que confiar siempre en aquello que nos acaricia. Á menudo oculta el traje algo, malo ó bueno, que no cuadra con él. Las doctrinas filosóficas acarician en opuestos sentidos, como los sabores

gratos al paladar, sin dejar por eso de ser frecuentemente ocasionadas á perjuicios en la práctica.

Caridad, del sanscrito *cri*, servir, y del latín *charitas*, amor: suena como caricia.—Pasión benévola, que se significa haciendo el bien para todo el mundo, aun á costa del bien propio. Puede amarse el bien y el orden universal, sin hacer directamente bien á persona alguna determinada, y se puede, por el contrario, hacer bien á persona determinada con perjuicio del bien general. Por eso el que profesa el bien á secas, el estoico, puede hasta ser cruel con sus semejantes, y el caritativo puede, con el mejor deseo, infringir la ley moral.

La caridad es virtud suprema; pero debe armonizarse con la ley superior que se significa diciendo: amar á Dios sobre todas las cosas.

Carne, palabra reproducida en muchos idiomas, sirviendo de tipo el sanscrito *kar*.—Intermedio entre el hueso y el límite exterior de un animal. Parte blanda, representante de una fluidez intermedia entre el sólido interno y la atmósfera externa. Se suele llamar carne en general al cuerpo, contraponiéndole el espíritu; en cuyo caso representa especialmente el sér vegetativo é inconsciente de sí propio, así como el espíritu se representa especialmente por la inteligencia.

Carnéades, filósofo griego que con Diógenes el estoico y el peripatético Critelao, fueron enviados desde Atenas como embajadores á Roma. Tal fué la confusión que introdujeron en el público romano sus discordantes doctrinas, que Catón el censor consignó la necesidad de expulsarlos de la República, para que no llegaran los ciudadanos á verse imposibilita-

dos de discernir lo verdadero de lo falso.

Carnéades lo redujo todo á *verosimilitud* de tres grados, á probabilidades de tres categorías: 1.º representaciones que, consideradas en sí mismas, son verosímiles; 2.º representaciones que, además unidas con otras, no se contradicen; 3.º representaciones que, comparadas con otra, no solo no se contradicen, sino que armonizan y se apoyan mutuamente.

La verosimilitud y el cálculo de las probabilidades son efectivamente el último recurso que queda á las ciencias Matemática y Lógica, para imaginar lo *ausente* en vista de lo *presente* en un instante determinado de la vida. Pero el sentimiento, factor importantísimo en la vida del animal y realzado, en la humana, por la dignidad que le aporta el coeficiente reflexivo, presta el recurso de *creer* con el apoyo de la función moral, hasta en casos vedados al alcance de la ciencia pura.

Carrera, de *carro*.—Función de movimiento y con especialidad de movimiento acelerado. La vida es una carrera desde el nacimiento hasta la muerte. Todo tiene su carrera, porque todo se hace en el tiempo. Carrera absoluta en el tiempo es una inconcebible é irrealizable; porque toda función de correr necesita algo que corra y donde corra. El espacio limita al tiempo como el tiempo al espacio. Ambas tesis, en cuanto afirmativas, sufren una limitación común.

Carta, del griego *chártés*, papel.—Símbolo de la palabra dirigida á otra inteligencia. En el comercio intelectual todo libro es una carta para cualquier individuo, (lector); toda palabra es una carta que el oyente descifra á su manera. Más de una carta